

EL PLACER DE LA ARMONÍA

POR EDUARDO VASCO

Autor de la versión y Director del montaje



Don Gil de las calzas verdes es una comedia que todos conocemos, hemos oído nombrar y que pertenece con justicia a las obras denominadas indispensables del Siglo de Oro. Se edita en la *Cuarta parte de las comedias del maestro Tirso de Molina* en 1635 en la ciudad de Madrid, la ciudad donde sucede la historia de doña Juana, la sorprendente protagonista de esta comedia. Sabemos que se estrena en el mesón de la fruta de Toledo en 1615 y que la representó Pedro Valdés, que resulta citado en la comedia en boca de Caramanchel, uno de los criados más atípicos de nuestro teatro. Pertenece a un período en el que Tirso de Molina, teólogo, poeta, historiador y novelista, ya ha definido las bases de su técnica como dramaturgo, a partir del modelo de Lope, y aprovecha todas sus cualidades como poeta y observador, luciendo con auténtico virtuosismo su capacidad de manejar los recursos, los efectos, las complejidades del enredo. Destilando su humor poliédrico a lo largo de la obra, nos encontramos una auténtica pieza de manual que goza al mismo tiempo del gusto popular y de la estima de los estudiosos.

Una comedia de enredo situada en la exuberante y recién estrenada corte del reino, que nos retrata la sociedad de la época. Los sueños, ambiciones, miserias y realidades de unos personajes que participan de la historia que se nos cuenta: la recuperación del honor de doña Juana. Contemplamos a esta mujer, desesperada, que ha cruzado todos los límites que conocía y se encuentra abandonada, víctima de un amante sin escrúpulos y a las puertas de una ciudad ajena. Las nuevas fronteras que debe atravesar no son obstáculos ya para su ánimo y se encuentra dispuesta para luchar por la única salvación posible para su honor. Aprende en el camino una lección muy de su tiempo: que la falsedad es la medida de todas las cosas, que apariencia y realidad son asuntos muy distintos, y que a la mentira hay que vencerla con sus propias armas, ya que la auténtica verdad sólo resplandece cuando el engaño, exhausto, retira todo su artificio. Una enseñanza que pertenece a nuestro Barroco y que resulta aparentemente pesimista, pero que al fin y al cabo trata de mostrar un camino para que el ser humano supere lo peor de su naturaleza.

Y efectivamente comienza la obra como un drama de honor para derivar al poco tiempo en una comedia que requiere, casi, la farsa para su desarrollo. Tirso nos propone un enredo que ha sido calificado como uno de los más complejos de nuestro teatro y que, sin embargo, todavía nos deleita y asombra casi cuatrocientos años después. Y ciertamente resulta complejo, ya que en el desarrollo de la historia nos encontramos desplegado, desarrollado de manera virtuosa, todo el repertorio de recursos que Lope, la influencia más directa que el fraile recibe, propone para la comedia. Nada nuevo, ya que casi todas estas herramientas dramáticas provienen de fuentes griegas, romanas, renacentistas o directamente del arte que los cómicos italianos

desarrollan a lo largo de toda Europa. Los disfraces, las identidades falsas, las cartas que vienen y van, los equívocos, las casualidades, los criados, las damas, los caballeros, la codicia y el amor, por supuesto, como motivo fundamental que soporta, justifica y repara todos los acontecimientos.

Pero Tirso aporta más, mucho más que virtuosismo en el campo de la carpintería teatral. Es, como hemos dicho, un notable urdidor de historias, se nutre de las fuentes habituales en los dramaturgos de su época, habla a un vulgo que manda -resabiado en lides teatrales- pero es original y sorprende hasta en los géneros más trillados. Es un gran poeta, compone con una naturalidad pasmosa -de nuevo el Fénix de fondo- logrando bellos y musicales versos que funcionan como un vehículo perfecto para la narración y subrayan, elevan, o subliman el momento según las necesidades, las convenciones o las pulsiones del autor. A veces curiosamente consigue más o menos, a base de leves pinceladas, aportando motivos, momentos o tiempos que justifican las decisiones o las necesidades de unos personajes que juegan en la comedia sin necesidad de comportarse como muñecos. Trata, siendo el autor barroco que es, de ser en su contexto suficientemente verosímil como para ser comprendido y disfrutado, suficientemente formal para conseguir una bella factura, para no escapar de los cánones de su tiempo, de la industria que consume sus comedias.

Y si los hombres -personajes- son capaces de encontrar un lugar, digamos, con sentido en una comedia, como esta, de enredo, las mujeres para nuestro dramaturgo son otra cosa. En muchos casos, son unos seres fascinantes, capaces casi de cualquier cosa, que él parece comprender perfectamente, que humaniza y respeta. El caso que nos ocupa, aunque con un final que nos devuelve rápidamente a la realidad de la época, es un buen ejemplo de esto; si la mujer vestida de hombre es un recurso habitual en nuestra literatura, en Tirso llega a su desarrollo pleno, deja de ser una transgresión anecdótica, útil teatralmente, y se convierte en una declaración de intenciones, en una expresión humana de una necesidad. Lo demás llegará mucho más tarde, en otro tiempo más propicio.

El discreto fraile, tan distinto a otros dramaturgos de su época, no nos ha dejado un rastro de acontecimientos que nos permitan afirmar que refleja sus experiencias en sus versos. Muy al contrario parece que la vida, en sus obras, fluye elegantemente al compás de la lírica popular, que incluye con gusto y con frecuencia en sus trabajos. El resultado es una pieza tan llena de vida, tan armónica en su concepción, que resulta un placer inmenso trabajar en ella. Esperamos que ustedes disfruten de la misma manera y que el enredo les ayude, en estos tiempos aparentemente tan distintos, a comprender la inconformidad de doña Juana.